



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora DE PAPEL

## El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 13 DE ENERO DE 2019

Olga de León / Carlos Alejandro

# Reyes Magos en el siglo XXI

UNA NOCHE OSCURA...  
OLGA DE LEÓN

“Tendida ante nuestra mirada estaba la carretera. El camino fue largo y plagado de virus incrustados en el alma desde años atrás, cual mentiras vestidas de verdad, no ya en una noche, quizás de toda una vida”.

El auto se deslizaba ligero, como si no llevara pasajeros ni carga alguna, sobre la sábana medio sucia, medio limpia del pavimento. Al inicio, el sol brillaba sobre la carretera; más tarde, la noche la coronaría. Ciento veinte, ciento cuarenta kilómetros por hora desarrollaba la máquina, dirigida a ratos por la desesperación de recuperar el tiempo perdido en otros tramos, también muy largos, en los que todos permanecieron en “stop”, sin saber a qué se debían las largas filas estacionadas, cada vehículo en sus respectivo carril y sin moverse. Las estrellas aún no aparecían; sin embargo, todos los autos y sus tripulantes llevaban a cuesta su propia oscuridad, a causa del desconcierto mezclado con las infinitas incertidumbres de sus vidas personales que allí empezaron a aflorar.

Nadie imaginaba que aquel atorón duraría una hora. ...Por fin, los autos, camionetas y enormes camiones de carga pesada, semi vacíos o repletos empezaron a moverse. Y, no obstante, cuando la noche apenas se anunciaba, nuevamente se detuvo el tránsito: otro “stop”. Unos a otros dentro de sus móviles trataban de tranquilizarse y dárseles ánimos y capsulitas de paciencia a sus respectivos conductores. Esos viajes remueven recuerdos y pueden sanar o profundizar más las heridas reales o ficticias de tiempos lejanos; lo mejor de todo, en esos momentos, sería no perder la calma: ¡qué fácil es decirlo!, especialmente, cuando no se espera la premeditación del ataque preparado con mucha cautela para ese día y en la hora menos esperada.

La pobre niña que sufrió discriminación respecto de su lugar en la familia, llevaba años acariciando la llaga, echándole limón o vinagre de cuando en cuando. -Qué difícil, -me decía la mujer-personaje, en otros tiempos pasados y reales- es hacer ver a los hijos que se les quiere por igual, solo que si el trato de la madre o el padre hacia ellos es distinto, se debe a que también los hijos dan un trato diferenciado a sus padres.

-Sí, así es amiga mía, pero haz que le entienda el resentido o “menos favorecido” con nuestro cariño, según él o ella; le contestaba yo.

-Aquel día debí prever lo que se avecinaba, -me contaría hace un año, mi amiga. -Desde dos días antes, todo había cambiado en su rostro y su trato, normalmente más o menos frío desde hacía



algun tiempo, pero, durante los últimos días: marcadamente áspero y rudo. No lo vi o no lo quise ver. Las fechas anteriores, por cultura, educación y predisposición familiar tradicional hacia la convivencia y la paz, me impidieron ver su verdadero rostro: un rostro influenciado quizás por expectativas diferentes y la cercanía sentimental de alguien a quien no acabo de conocer ni de aquilatar en su real valor de humano, positivo o negativo.

Y vuelvo a insistir, como otras veces: las fechas y los espíritus del más allá que nos cuidan y acompañan siempre, según mi personaje y amiga relatora, harían de ángeles guardianes en ese viaje. Pero, nada se calmó: “la caldera ardía, el rencor crecía; no obstante, a pesar del veloz desliz del vehículo y de la imprudencia de quien sintiéndose víctima todo el trayecto lloró a grito abierto e impotente, los cinco llegamos sanos y salvos a nuestro destino”.

Este cuento, que hoy refiero de tercera mano, tiene un ingrediente verdaderamente extraordinario, que les sucede a los tripulantes de este pesado viaje, previo al cinco de enero de hace un año, déjame termino con este mi relato, amiga. Estando prácticamente estacionados en el carril de la izquierda, no recuerdo si fue en el último “stop” -sigue diciendo- de una incontable cantidad de vehículos, o en el penúltimo, se acercó a la ventanilla detrás del conductor, justo donde yo estaba sentada, un anciano de cabellos y barba largos y blancos. -No me asusté, -me dijo reviviendo su experiencia- al contrario, su rostro nos trajo paz

y tranquilidad a todos los que dentro del auto afectados por desamores y reclamos, solo esperábamos poder seguir nuestro camino, intentando calmarnos en silencio.

-Entonces, bajé el cristal de la ventanilla, y esperé por su pregunta, -continuó diciendo, mi amiga. -El anciano nada me preguntó, solo elevó su rostro hacia el firmamento que para ese momento lucía tapizado de estrellas, y señaló con la mano que tenía libre, creo que fue con la izquierda, pues la derecha la apoyaba en un bastón, hacia una estrella en especial, la cual brillaba más que ninguna. Yo y el resto de los cuatro que viajábamos juntos, nos miramos sonriendo y vimos en los ojos de cada uno una luz especial en nuestras pupilas.

Nada tuvimos que decir: la paz reinó en nuestros corazones y en el ambiente del auto. En seguida, quise darle las gracias... no sé por qué, pero tuve el impulso de agradecer. Cuando volví mi rostro hacia la ventanilla, el anciano ya no estaba; y me pareció verlo junto a otro auto, como a seis delante del nuestro. Me sorprendió la rapidez con que pudo moverse; y sin que nadie viéramos, cuándo ni cómo lo hizo.

Amiga mía, creo que ese debió ser uno de los tres Reyes Magos, quien hizo el milagro de llevar tranquilidad a los conductores y pasajeros que durante más de dos “atorones”, aguantaron los “stop” en la carretera 57: sábana medio clara, medio oscura coronada a ratos por la noche: sábana especial que se volvió techo celestial ese cinco de enero.

HUIDA ATERRORIZADA  
CARLOS ALEJANDRO

Mayito le arrebató la muñeca a su hermanita y salió corriendo rumbo a su propio cuarto; todo aquello en presencia de los amigos y primos que habían asistido a la fiesta de cumpleaños. La Mamá de Mayito, quien estaba abajo, en la cocina de la casa, era muy querida entre los sobrinos y los amigos del niño: siempre les tenía listo pastel de chocolate y aguas frías. Era famosa por el cariño que desperdigaba en casa con las visitas, poniendo la mesa para la merienda, con un jugo de naranja por las mañanas, o invitando al patio con columpios cuando un niño visitaba la casa. Si hubiese que realizar un sondeo, el cien por ciento de los niños que la conocían, la adoraban.

Y a todos los invitados habría de sorprender la disputa entre Mayito y su hermanita. Aquello había comenzado como una travesura. Aquel sintió celos de la atención que recibía ella. Así es que, en compañía de un primo, había tramado hacerla enojarse. Por eso se introdujo en la recámara donde jugaba a las muñecas con otras niñas. Se encontraban todas ellas tiradas en el piso, junto a una casita de plástico con muebles miniatura, y a la que se le podía hacer sonar el timbre cuando se apretaba un botón situado junto a la pequeña puerta.

En la planta baja de la casa, los padres de los niños conversaban sobre política, sobre la falta de justicia en el caso de un famoso asesinato reciente, y sobre otras noticias que habían dado en televisión esa semana. Pero en realidad, ninguno de los adultos estaba al tanto de lo que sucedía arriba, en el segundo piso, donde los niños jugaban.

Cuando Mayito tomó la muñeca y salió corriendo, su hermanita comenzó a llorar. Aquello fue una tormenta de lágrimas: había sido su regalo de los Reyes Magos. Por eso, cuando el primo de Mayito vio lo sucedido, se encaminó al cuarto de aquel, subió las escaleras al tercer piso de la casa, con pasos pesados, como los de un adulto malhumorado que debe acabar con la situación de injusticia.

Ya casi llegando a la puerta, el primo dijo en voz ronca y fuerte: “Mayito, soy tu Mamá”. Entonces, aquel gritó: “No, Mamá, ¡por favor no!”, y salió disparado hacia otra recámara de la casa, a donde fue a meterse, despavorido, debajo de la cama. El primo quedó atónito ante la reacción de Mayito, cuando este sintió la presencia de su madre en el simulacro de su voz, la de él, el primo. La dulzura de la tía se vino abajo, como barco que se va a la deriva mar adentro y luego se hunde en lo más profundo. El primo alcanzó a ver que el brazo de Mayito salía desde debajo de la cama, entregando la muñeca: regalo de Día de Reyes para su hermanita.



Salvador Novo

Escritor mexicano vinculado al grupo de Los Contemporáneos. Salvador Novo realizó sus primeros estudios en Chihuahua y Torreón, para regresar a la capital donde, en 1921, se licenció en derecho por la Universidad Nacional de México. Posteriormente, en la Facultad de Filosofía y Letras, hizo sus estudios de maestro en lengua italiana. Concluidos éstos, consiguió obtener una plaza de ayudante y, más tarde, de profesor en el Departamento de Idiomas Extranjeros de la Universidad Central, por su dominio del francés y el inglés, lengua en la que llegó a escribir algunas de sus obras.

El año 1925 constituyó un período determinante en la vida del poeta; nombrado jefe del departamento editorial de la Secretaría de Educación Pública, aparece entonces su primer volumen de versos, XX Poemas, en el que apuntan ya las pulsiones líricas y la inspiración vanguardista que darán origen, en el año 1928, a la revista Contemporáneos y a la famosa generación poética del mismo nombre, de la que formarían parte autores como Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen, Carlos Pellicer y Bernardo Ortiz de Montellano, entre otros.

El mismo afán de renovación caracterizó uno de los poemarios más significativos y de mayor resonancia internacional de Salvador Novo: Nuevo amor, publicado en 1933 y traducido a varios idiomas. Ese mismo año se editó otro de sus libros de versos, Espejo. Sin olvidar nunca su faceta docente, que se había concretado ya en textos como La educación literaria de los adolescentes (1928), Novo comenzó a cultivar también la literatura en lengua inglesa: en 1934 vieron la luz los versos de Seamen Rhymes, cuya versión en lengua española se titularía Rimas del lobo de mar.

En 1946 dio a la imprenta una de sus grandes obras en prosa, Nueva grandeza mexicana, que le hizo merecedor del título de “cronista de la Ciudad de México”.

Aquel mismo año, su demostrado interés por el teatro, reflejado ya en su actividad de crítico dramático y en obras como La señorita Remington (1924), le valió ser nombrado jefe del Departamento de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes.

En 1967, Salvador Novo recibió el Premio Nacional de Literatura, que venía a coronar su importantísima obra de creación literaria y su contribución teórica a los más variados aspectos de las letras mexicanas. Su versátil actividad le llevó a escribir numerosos guiones para el cine. La fértil existencia del poeta se extinguió en Ciudad de México el 14 de enero de 1974.

### ad pedem literae

“El futuro nos tortura y el pasado nos encadena. He ahí por qué se nos escapa el presente.”

Gustave Flaubert

### Letras de buen humor

“Un banquero es un señor que nos presta un paraguas cuando hace sol y nos lo exige cuando empieza a llover.”

Mark Twain



Recientemente editó con la editorial RM “Juan Rulfo y su obra”. Una guía crítica coordinada por Víctor Jiménez y Jorge Zepeda. Se trata de un libro múltiple que, por lo tanto, puede leerse de diversas formas: como una introducción prolija a la obra de Rulfo, como la de un libro de consulta, como textos ordenados con una lógica crítica, según un orden personal, eligiendo algún ensayo a placer, como un diccionario, como el que quizá sea el primer Companion Book editado en México, ese género editorial inglés en el que convergen diversos autores que abordan distintos temas de manera diferente.

Entre los textos que convergen en esta guía crítica, hay algunos autores de libros que pueden considerarse imprescindibles como Alberto Vital, Jorge Zepeda, Víctor Jiménez, Andrew Dempsey, Julio Moguel, investigadores reconocidos como José Pascual Buxó, Douglas J. Weatherford, Sebastiao Guilherme Albano, Françoise Perus, que vuelven a demostrar que, así como hay diversas formas en las que puede leerse esta guía

crítica, hay diversas formas en las que puede leerse a Juan Rulfo, algunas de las cuales pueden resultar sorprendentes. No la menos insólita se convirtió en noticia de periódico cuando Eduardo Bautista García refirió que, durante la crisis financiera global de 2007, la consultoría SHM Group recurrió a Pedro Páramo para desentrañar la cuestión.

No son pocas las conjeturas acerca del idioma de Rulfo, algunas de las cuales sugieren una lingüística fantástica. En Juan Rulfo y su obra, que sutilmente se propone como “Una guía crítica”, con lo que no excluye otras posibles, Víctor Jiménez ha ensayado un léxico en “El Llano en llamas”, “Pedro Páramo” y “El gallo de oro”. Hay también un texto de Rulfo como lector de historia de Adrián Gerardo Rodríguez, otro de José Luis Bobadilla acerca de la melomanía de Rulfo, los cuales, como todo el volumen, incita a la relectura de Rulfo, quien sostenía que “siempre hay una participación muy cercana del lector con el libro, y él se encarga de ponerle lo que le falta. Eso a mí me gusta mucho”.

Javier García-Galiano

## Lecturas infinitas

Hay libros que parecen infinitos. No se trata necesariamente de libros sagrados. Muchos de ellos lo son porque no terminaron de escribirse. Otros, como “Farabeuf” de Salvador Elizondo, se asemejan a un círculo cuyo final se encuentra en el principio que está en todas partes. Algunos, como ciertos libros perdidos, como el “Necronomicón”, cuya presencia inquietante se advierte en la obra de H. P. Lovecraft, pueden adoptar la forma de un mito que no deja de crearse. En “El Libro de Arena”, Borges imaginó uno de esos libros infinitos. Se lo habría vendido un vendedor escocés de Biblias, presbiteriano, que lo habría adquirido en un pueblo de la llanura, en La India, a cambio de unas rupias y de la Biblia. “Su poseedor no sabía leer. Sospecho que en el Libro de los Libros vio un amuleto. Era de la casta más baja; la gente no podía pisar su sombra, sin contaminación. Me dijo que su libro se llamaba el Libro de Arena, porque ni el libro ni la arena tienen ni principio ni fin”.

El texto era apretado y estaba ordenado en versículos. Una podía llevar el número 40,514 y la impar, la siguiente, 999. Al volverla, el dorso estaba numerado con ocho cifras. Según lo advertía el vendedor escocés de Biblias, cuando se veía una página, ya no se le encontraba otra vez; ya no se podía ver nunca más. Era imposible hallar la primera hoja; tampoco podía encontrarse la última.

También la lectura puede ser infinita. No sólo la de aquellos que no han terminado de escribirse o la de ciertos volúmenes que se expenden en abundancia en las librerías que, no sin desagrado, el lector abandona no siempre en las primeras páginas. Me refiero a la de aquellos libros que se frecuentan como un oráculo, en la búsqueda de una felicidad conocida, que reiteradamente

deparan asombros renovados e inesperados. Entre ellos se hallan, se sabe, la “Iliada” y la “Odisea”, Virgilio y Dante, el Quijote y Tristram Shandy, James Joyce y Marcel Proust, E. T. A. Hoffmann, Kafka y Joseph Roth, “Muerte sin fin” de José Gorostiza y López Velarde, Borges y Juan Rulfo.

La lectura de esos libros suele derivar en la de otros textos acerca de ellos que remiten a otros escritos que pueden descubrir otros más y que finalmente incitan a una nueva relectura de esos libros frecuentados que no dejan de asombrar y de producir placer y admiración.

Los libros de Rulfo no sólo han deparado lecturas y fascinaciones reiteradas, sino que han propiciado algo semejante a un culto y a mitologías a veces desafortunadas y anecdóticas que no precinden de la infamia. También ha despertado una curiosidad por ese hombre solitario y circunspecto que se dedicaba a su familia, con la que emprendía excursiones, a viajar, al montañismo, a la fotografía, a leer, a escribir, a editar libros, a oír música, a fumar Delicados sin filtro.

Menos la curiosidad que la lectura de sus libros han incitado adaptaciones cinematográficas, ballets, óperas, cuentos y novelas que pretenden emularlo, y diversos estudios, tesis universitarias y ensayos.

Desde su creación ejemplar en 1998, sin fondos del erario, como consecuencia natural de la Asociación que la antecedió, la Fundación Juan Rulfo no sólo se ha dedicado con rigor a la preservación de los manuscritos, los cuadernos, el archivo fotográfico de Juan Rulfo, sino que los ha convertido en libros reveladores y ha propiciado que se difundan y escriban textos confiables acerca de un escritor que con frecuencia ha sido mal comprendido.